

XV

LA GRANJA

Á medio tiro de mosquete del lugar que acababan de dejar, tuvieron la satisfacción de distinguir, á cincuenta pasos, al otro lado del riachuelo, un edificio bastante vasto, que tenía todo el aspecto de una granja.

— He ahí lo que buscamos — dijo Posen.

Un puente compuesto de algunas tablas bamboneables permitía atravesar el arroyo, frente á la entrada.

Pasáronlo y se acercaron á la casa.

Vista de cerca, tenía singular aspecto.

Caía literalmente en ruinas.

Las paredes, carcomidas por musgos y parietarias, estaban agrietadas de arriba á bajo, próximas á hundirse.

La gran puerta, arrancada de sus goznes, yacía en el suelo, y el tejado, desnudo por varias partes, mostraba un esqueleto de hoja de lata y tejas quebradas.

Nuestros viajeros penetraron, hallándolo todo enmohecido.

Aquella morada parecía totalmente abandonada.

Entraron bajo una bóveda, á una habitación que se hallaba en tan mal estado como el resto.

— ¡ Esto parece bueno para alojar ratas ! — murmuró Cocardasse.

— Y creo — observó Posen — que ya podemos marcharnos; pues aquí no parece que habite ningún ser humano.

— Tengo ganas de prender esto fuego, para secarme — dijo el soldado, que tiritaba bajo sus calados vestidos.

— ¡ Inténtelo ! — murmuró una voz amenazadora que se alzó tras ellos.

Volviéronse y vieron á una vieja que, á la luz de una mala linterna que levantaba con la mano, los miraba encolerizada.

Era una especie de bruja de facciones duras, formas angulosas y vestida de miserable harapos.

Los viajeros la miraron un momento, y luego dijo el barón.

— Tranquilícese, buena mujer, pues mi compañero no ha tenido la menor intención de incendiar su vivienda.

Lo ha dicho por pura broma.

— ¡ Vaya una broma ! — refunfuñó la vieja. — Pero ¿ qué vienen ustedes á hacer aquí ?

— Nos hemos extraviado, y buscamos un guía que nos indique la carretera principal.

¿Hay aquí alguno que pueda servirnos de guía?

— No; no hay nadie. Sólo podría hacerlo mi hijo Cristián; pero está embriagado y no es capaz de tenerse en pie.

Y yo no puedo abandonar la casa, á causa de dos viajeros que, como ustedes, han perdido el camino y han venido tan fatigados, que pasan aquí la noche.

— ¿De modo que no podemos contar con usted ni con su hijo?

— Es imposible, ya les he dicho el motivo.

El barón estaba muy contrariado.

— ¿Puede usted indicarnos alguna casa de la vecindad? — continuó.

— La más cercana se halla á una legua de aquí.

— En ese caso, lo mejor es imitar á los que nos han precedido — dijo Cocardasse. — Volvemos á andar mañana á primera hora.

¿Qué le parece, barón?

Éste meditaba.

Aventurarse de nuevo por los campos, en plena oscuridad, no le apetecía, pues temía alejarse aún más de la carretera.

Por otra parte, tampoco le seducía perder un tiempo precioso.

Sin embargo, después de considerar el pro y el contra, acogió la idea de su compañero, y dijo:

— Bueno, pasemos aquí la noche... Pero ¡qué retraso tan grande!...

— Oiga usted, buena mujer — le dijo Cocardasse — prepárenos un rincón donde podamos descansar.

— El único cuarto habitable está ocupado por los dos viajeros de que les he hablado; pero puedo ofrecerles una especie de granero, donde guardamos los aperos de labranza. Si se contentan...

— ¡Naturalmente! Un exceso de lujo nos molestaría — exclamó el soldado.

— Entonces, vengan ustedes — ordenó la bruja.

— ¿Y los caballos? — preguntó el barón.

— Por ahora, átelos á esa argolla que hay en la pared. Luego yo los llevaré al patio y les daré un pienso de cebada.

Los dos hombres y la vieja subieron unos veinte escalones y llegaron á una puerta cerrada con un simple picaporte.

Abrióla la vieja é hizoles entrar en un local lleno de instrumentos agrícolas y herramientas de todas clases, tan roñosos todos, que se veía estaban fuera de servicio.

El aspecto del cuarto indujo al barón á hacer una mueca.

El soldado, por el contrario, mostróse muy satisfecho; pues necesitaba descanso.

Así es que, sin esperar más, tumbóse sobre un saco de cebada, y preparóse á dormir tranquilamente.

— ¿Hay que despertarles, señores? — preguntó la vieja antes de retirarse.

— No merece la pena — repuso el barón — no llegaría usted á tiempo, pues marcharemos al amanecer.

Y, por si no la veo, al levantarme, voy á pagarle su hospitalidad.

Y sacando una bolsa bien repleta, dió un luis á la mujer.

El brillo del oro encendió una llama en los ojos de ésta.

— ¡Gracias, — dijo — y buenas noches, señores!

Así que hubo salido la vieja, el barón tomó el partido de imitar á Cocardasse.

Pero, menos afortunado que él, sólo consiguió un amodorramiento que tenía parte de sueño y parte de estar despierto, sin ser ni una cosa ni otra.

Transcurrieron varias horas.

Como había anunciado la vieja, dos viajeros llegaron al mediodía, y ocupaban un cuarto del segundo cuerpo de edificio, es decir del que estaba en el fondo del patio.

Uno de ellos era un anciano de unos setenta años, que, no obstante, todavía se hallaba fuerte. Iba vestido de negro.

El otro parecía estar en el vigor de la edad y llevaba el uniforme de las compañías francas.

Tenía un hombro y parte del cuello envueltos en vendas ensangrentadas.

Poco antes de llegar Posen y Cocardasse, dichos individuos sostuvieron una conversación que vamos á exponer :

— ¡Hay que acabar! — decía el septuagenario, paseándose por el cuarto. — Hace ya dos años que le persigues y aun no has logrado desembarazarme de él.

— Bien sabe usted, señor de Peyrolles, que para ello he hecho todo lo posible. Pero ese hombre es un demo-

nio... y siempre que le he tendido un lazo, he caído en mis propias redes... ¡ Ya ve usted, en el estado que me ha puesto ayer!

— Sí, lo veo; y si no hubiera estado yo allí para recogerte y vendarte, creo que ahora estarías como tus compañeros, cuyos cadáveres quedaron en la hostería.

— Es cierto... y mi agradecimiento...

— No necesito tu agradecimiento. Si te he salvado ha sido porque todavía necesito tus servicios.

— En cuanto me cure, emprenderé otra vez la campaña, y le juro que ya no se me escapará.

— Ya me dijiste eso antes, cuando te dejé por muerto en la torre de Praga. Y lo mismo que ahora, me hiciste ir para ser testigo de tu victoria y enseñarme su cadáver.

El soldado, en quien los lectores habrán reconocido á Matías Knauss, dejó escapar un quejido, y se quedó muy pálido.

— No te vayas á volver ahora débil como una mujer — continuó el anciano.

— Hemos andado tanto desde esta mañana, señor de Peyrolles...

— Y todavía tenemos que andar mañana parte del día, á campo traviesa, pues la carretera no es muy segura.

Matías bebió un poco de licor, y pareció reanimarse en el acto :

— Sí — dijo — ahora me siento con fuerzas para una larga jornada.

— Entonces, mañana, beberás otro trago antes de

salir... Pero ¡chitón! — ordenó el viejo aguzando el oído.

— ¿Qué ocurre?

— Oigo pasos de caballos... ruido de voces á la entrada.

É inquieto, asomóse el anciano á la ventana, después de apagar una vela que estaba sobre una credencia.

— ¡Por vida de! — exclamó al instante. — ¡Acaban de llegar dos de nuestros enemigos á esta granja!

— ¿Será Felipe alguno de ellos? — preguntó con ansiedad Matías.

— No, afortunadamente. De todos modos, debemos andar con ojo, pues son el soldado Cocardasse y el barón de Posen, que protegen á Felipe.

¿Qué vendrán á hacer á este sitio aislado? ¿Habrán averiguado nuestra presencia, ó les habrá traído la casualidad?

Por lo que pueda ocurrir, tomemos precauciones.

Y se apoderó de dos amplias capas colocadas en una silla, tapó con una á Knauss, y cubrióse él con la otra.

Luego, armándose de un par de pistolas, esperó.

— ¡Bah! No nos buscan á nosotros — dijo al cabo de algunos minutos. — Ahora entran en el primer cuerpo de edificio. Sin duda van á descansar, pues parecen extenuados, sobre todo Cocardasse.

— ¿Y qué debemos hacer?

— Voy á pensarlo.

Al dejar á sus nuevos huéspedes, bajó la vieja la escalera, y entró en la habitación que daba á la bóveda.

Junto á la chimenea había un hombre, en el suelo, tumbado cuan largo era.

Parecía dormir.

Era un individuo joven, de faz ruda y grosera.

La mujer le tocó con el pie.

— Cristián — le dijo en dialecto flamenco, — tenemos dos viajeros más.

El rústico salió de su sueño.

— ¿Dos más? — ¿Te han pagado también?

— Sí, hijo.

— ¿Qué te han dado?

— ¡Mira! — dijo la vieja, abriendo la mano al resplandor de la linterna.

— ¡Oro! — exclamó el hombre levantándose precipitadamente.

— ¡Un Luis! El que me lo ha dado tenía una bolsa llena de ellos.

— ¡Una bolsa llena! ¿Luego son ricos?

— Ya lo creo. Deben de serlo más que los otros, que sólo me han dado un escudo, — replicó la mujer, juzgando por los apariencias.

— ¡Ricos! — repitió el rústico — ¡y nosotros... miserables!

Las miradas de la madre y del hijo, como atraídas por un imán, convergían en la moneda de oro.

— ¡Oro! — exclamó Cristián al cabo de un rato — ¡Oro! ¡cuánto tiempo hace que no lo veíamos! ¿Qué no haría yo para tenerlo? ¡Y pensar que sólo con la mitad de lo que tienen esas gentes, podríamos reconstruir nuestra granja destruída por los pillajes en tiempo de la guerra!

— Y volver á comprar campos y animales de labranza — añadió la vieja.

— Y volver á ser lo que antes fuimos : los granjeros más importantes del lugar.

Pero ahora... nada... sólo miseria... y vino para olvidar...

Á medida que el hombre hablaba, parecía disiparse su embriaguez y sus facciones adquirían una expresión de odiosa envidia. De repente, un ligero paso que oyeron en la habitación hizoles estremecerse.

El viajero anciano había entrado poco antes sin que hubiesen notado su presencia, y ahora se acercaba á ellos.

— Hablemos un poco — les dijo, sentándose familiarmente á su lado.

Luego, después de examinarlos con escrutadora mirada, añadió.

— Acabo de sorprender involuntariamente parte de vuestra conversación y, por lo tanto, sé que estáis decididos á hacer muchas cosas para tener oro.

— ¡ Oh ! ¡ sí ! — respondieron á una, madre é hijo, con convencido acento.

— ¡ Pues bien ! yo conozco un medio para haceros ganar mucho.

Y el anciano sacó una larga bolsa á cuyo través asomaban reflejos amarillos :

— Aquí hay cincuenta luises, que son para vosotros, si queréis.

— ¿ Si queremos ?

— Sí ; y aquí, otros cincuenta, — continuó el tentador, sacando otra bolsa, — que pueden ser también propiedad vuestra.

— Díganos, monseñor, lo que tenemos que hacer para ganarlos.

— Escuchad...

Y, en voz baja habló á los dos aldeanos durante algunos minutos, tras los cuales dijeron éstos, de común acuerdo :

— ¡ Aceptamos !

— ¡ Bien ! entonces, tomad ya este anticipo — añadió, dándoles la primera bolsa. — El resto os lo daré después.

— ¿ Y nos da usted también lo que ellos traigan encima ?

— ¡ Naturalmente ! eso forma parte de vuestra ganancia.

Á cosa de las cinco de la mañana, es decir cuando faltaba aún una hora para que apuntase el alba, el señor de Posen, sumido todavía en su medio sueño, creyó percibir un rozamiento por el lado de la puerta del granero.

Era como si pasasen y repasasen con precaución ante la puerta.

Al principio, creyó que era una alucinación.

No obstante, como el rozamiento persistió, el barón hizo un esfuerzo para recobrar su entera lucidez y, habiéndolo conseguido, permaneció en acecho.

Á aquel rozamiento, mezclábase ahora continuo murmullo.

No tardó en oír que levantaban despacito el pica-
porte.

— ¡ Oh ! ¡ oh ! — dijo para sí — ¿ qué significa esto ?

Seguramente no vienen á despertarnos, pues en ese caso no andarian con tantas precauciones.

Entonces, recordó que Cocardasse y él se hallaban en un sitio completamente en despoblado; que el aspecto de la mujer que los había recibido no inspiraba mucha confianza y que, finalmente, había él cometido la imprudencia de enseñarle su bolsa llena de oro.

En consecuencia, inclinóse de prisa hacia el maestro de armas, que dormía á pierna suelta, le pellizcó en el brazo hasta hacerle sangre, y le dijo al oído:

— ¡Alerta! ¡Cocardasse! ¡alerta!

Despertóse sobresaltado el gascón y preguntó:

— ¿Qué ocurre?

El barón le contestó señalando la puerta.

Ésta se abría poco á poco, empujada desde fuera.

Á pesar de la oscuridad, los dos hombres podían distinguir sin esfuerzo el movimiento.

Cocardasse quería levantarse; pero se lo impidió el barón.

— Dejémoslos venir — murmuró éste.

Y esperaron sin moverse, fingiendo dormir.

Cuando la puerta estuvo bastante abierta, penetraron dos sombras, una tras otra.

La primera era un hombre que agarraba con las dos manos una pesada guadaña, y la otra, una mujer provista de una hoz, y en la que reconocieron á su huésped.

Ambos acercábanse lentamente al lugar en que estaban el barón y el maestro de armas.

Cuando llegaron junto á ellos, dijo el hombre á la mujer:

— Duermen... Despachemos.

Y, bruscamente, levantando cada uno su arma asataron terrible golpe á los supuestos durmientes.

Si los llegan á tocar, hubieran dado buena cuenta de ellos.

Pero, con una agilidad digna de acróbatas notables, en el momento en que los instrumentos caían contra ellos, dieron un salto los viajeros y se colocaron á tres pasos de allí, en frente de sus agresores.

Al ver fracasada su empresa, los dos rústicos lanzaron una imprecación de furor, y la vieja, que había atacado al barón, levantó de nueva la hoz contra él.

Pero de la mano del barón salió un fogonazo, pues había apretado el gatillo de su pistola, y el brazo derecho de la bruja cayó atravesado, mientras lanzaba un juramento de dolor y que su arma rodaba estrepitosamente por el suelo.

El hijo fué aún menos afortunado que su madre.

Después de evitar un segundo tajo de guadaña, Cocardasse lo ensartó como á un pollo, y lo arrojó ensangrentado contra la puerta, donde cayó pesadamente.

— ¡Santo Dios! — exclamó el veterano. — ¿Qué quiere decir todo esto?

— Creo adivinarlo — explicó su compañero. — Estos miserables querrian asesinarlos para robarnos.

Y acercándose al hombre, cuya agonía comenzaba, le dijo:

— ¡Desgraciado!... ¿No podías apelar á nuestra generosidad, en vez de asesinarlos?

El campesino abrió los ojos, que ya cerraba la muerte, y con voz apagada balbuceó:

— Sí... hemos sido criminales... pero nos han instigado para ello;... un anciano... que se aloja ahí... en el fondo del patio... ha venido á ofrecernos oro... para que les matásemos...

— Un anciano... en el fondo del patio... — repitió el barón, que no comprendía.

— ... Está con otro viajero... Nos ha dicho que eran ustedes enemigos suyos... que le haríamos un gran favor... haciéndoles desaparecer... y nos prometió mucho oro si lo conseguíamos...

Entonces... á causa de nuestra miseria... hemos aceptado... Pero ya tenemos buen castigo... mi anciana madre no sobrevivirá á su herida... y yo... yo... me mue...

La palabra le quedó en la garganta; acababa de exhalar el último suspiro.

Cocardasse y el barón bajaron las escaleras de cuatro en cuatro, para acudir al otro cuerpo de edificio.

Cuando llegaron abajo, vieron á dos jinetes cubiertos con largas capas, que pasaban ante ellos al galope y se perdían por el campo.

— ¡Esos son nuestros hombres! — dijo Posen.

— Uno es indudablemente el anciano de que nos ha hablado ese rústico... Hay que saber quiénes son los dos... Á caballo, Cocardasse... á caballo... Vamos á darles caza...

Dirigiéronse al patio en busca de sus cabalgaduras; pero Cástor y Pólux habían desaparecido.

— ¡Bribones! — exclamó el barón — nos han robado los caballos, y ahora nos encontramos desmontados. Imposible pensar en seguirlos, y por consiguiente, en aclarar este misterio...

¡Ira de Dios! ¡pues yo los he de reconocer! ¡Ay! señor de Peyrolles; no me explico yo esto; pero apostaría la cabeza á que se trata de ti...

Pierde cuidado, ya nos veremos en París...

— ¡Voto á! ¡ya lo creo que nos encontraremos! — exclamó á su vez el soldado — y esta vez, no le perdonará Petronila, como le perdonó en el cementerio de Saint-Magloire.

Ya sabemos que el señor de Posen no se equivocaba.

Al oír la detonación, estremeciósese Peyrolles, comprendiendo que los campesinos, sus nuevos cómplices, habían debido de fracasar; y, en seguida, dando el brazo á Knauss, lo condujo al patio y lo montó en uno de los caballos. Y luego partieron á toda velocidad.

— Compañero — prosiguió el barón, — no nos queda más recurso que volvernos á poner en camino.

Va á amanecer, y espero que podremos encontrar la carretera.

Salieron, pues, de la granja en ruinas, y orientándose más ó menos bien, llegaron, al cabo de dos horas de marcha, á dar con el verdadero camino.

En el primer sitio que encontraron, Posen compró dos caballos que no valían tanto como Cástor y Pólux,

pero con los que tuvieron que contentarse, á falta de otra cosa.

Cocardasse, aprovechando la lección de equitación que había recibido á expensas suyas la víspera, montaba ya casi convenientemente. Apenas saltaba diez veces de cabeza á grupa por legua.

Lo cual era ya gran progreso.

XVI

MARINA

Felipe no experimentó ningún retraso en el trayecto de Ostende á París.

Tomando sólo el descanso necesario á él y á su caballería, franqueó en cuatro días el espacio que de la capital le separaba.

Á corta distancia de ésta, el caballo, reventado por el doble viaje que acababa de efectuar, cayó para no volverse á levantar.

Mas poco importaba esto al sargento: ¡estaba casi en París!

Terminó á pie su camino, y no tardó en llegar á la calle del Pas-de-Mule, donde se encontraba la fonda del « Roussin d'Arcadie », en la que penetró como un ciclón, en el despacho, donde resplandecía la dueña, la señora Gloria, gruesa comadre de treinta y seis á treinta y ocho años, de redondeces un tanto derruidas.